

III



Celebrábanse las grandes Panateneas.

En la orgía luminosa y cálida del sol estival, las amplias vías engalanadas con arcos de triunfo y ramos de mirto, eran como las vivas arterias de aquel desbordante mar humano que se precipitaba, clamoroso, desde las cien puertas de la Ciudad, hasta las estribaciones de la Acrópolis, invadiéndolo todo con el tumulto ensordecedor de sus voces.

Los mármoles de las estatuas y de los fron-

FRANCISCO VILLAESPESA

tispicios atemperaban las violencias de la luz cenital, el claro azul del cielo y el verde brillante de los jardines, con los trémulos reflejos de su olímpica blancura.

El aire era una fiesta de perfumes: de mirra quemada sobre trípodes de bronce, de óleos, de flores, y de frutos maduros.

Una persistente y sorda marea de gritos y canciones, rodar de carros, gemidos de cítaras y sollozos de flautas, ascendía hasta el azul. Y á veces, las nubes de polvo, proyectaban sobre la movable policromía de las agoras, las sombras fugitivas de su vuelo gigantesco.

Dyonisios, desde la terraza de sus jardines, contemplaba aquel incesante desfile de la muchedumbre que, con sus gritos y sus carreras frenéticas, profanaba la solemne majestad de la fiesta, la más piadosa de todas cuantas celebra-

ZARZA FLORIDA

ba la Ciudad en honor de su Divinidad Protectora.

—Dyonisios, por Palas ¿qué mal pensamiento enarca tus cejas semejantes á las del Padre Zeus cuando vibra el rayo contra los Titanes, mientras la Victoria refrena el ímpetu de los corceles sagrados, tendiendo al viento la gloriosa movilidad de sus alas?

Dyonisios alzó la frente.

—¡Polígnoto! ¡Que los Dioses bendigan estos ojos que te vuelven á ver después de tanto tiempo!

Y estrechando al recién llegado contra su pecho, continuó:

—¿Cuándo llegaste de Roma?

—Al amanecer atracó la galera de Lisipo de Samos al puerto de Falera. Y gracias á Minerva puedo contemplar de nuevo su Ciudad en

FRANCISCO VILLAESPESA

el día más espléndido de sus fiestas. Colgué mis ex-votos en los altares de los dioses marinos, y vine en tu busca.

Se alejaron conversando por los floridos laberintos.

Á través de los ramajes se veía pasar la muchedumbre, en un relampagueo fascinante de joyas y de metales, en un deslumbramiento fugitivo de colores y velos flotantes.

—¡Los Dioses se van!—continuaba Polígno to.—Y nosotros nos vamos con ellos. Estamos irremediablemente perdidos.

Nuestro ardor, la fiebre de juventud y de vida que nos poseía, nos obligó á expandirnos por el mundo, y perdimos, con nuestra concentración, la fuerza primordial, la virtud más heroica de nuestra sangre.

La proa de nuestras naves abrieron nuevos

ZARZA FLORIDA

surcos en todos océanos; no hay un palmo de tierra que sandalias griegas no hayan pisado en señal de dominio.

Señalamos nuevos vértices al pensamiento, y ante el mundo entero, atónito de admiración, hicimos surgir del fondo de las olas, en su carro de nácar conducido por las palomas y custodiado por los delfines, la apoteosis triunfal de la Belleza, la eterna madre del Amor.

Mas ¿qué importa que nuestro Pensamiento y nuestro Arte floten sobre todos los naufragios del Tiempo, si ya no nos pertenecen?

Dimos á los bárbaros todo cuanto poseíamos.

Envejecimos prematuramente. El ansia de investigar el porqué de las cosas, acabó con la antigua fe. Y hoy nuestros templos y nuestros dioses son como cosas inútiles que nos legaron los abuelos, y que nosotros conservamos sólo

FRANCISCO VILLAESPESA

por respeto á los muertos. Queda en los labios el nombre de las Divinidades, pero su símbolo ha muerto en nuestro corazón.

Hasta el culto de los Héroes se va extinguiendo, como las brasas de un fuego sagrado que nadie aviva. Los poetas prosiguen cantándolos, pero nadie los imita ya. En nuestra tierra se están secando los laureles.

Roma, más joven, más fuerte, recoge nuestra herencia, y con el poder de sus armas domina el mundo. Pero Roma es bárbara. Bajo su túnica griega late siempre su corazón de loba. Unció á los más poderosos monarcas de Oriente á su carro de triunfo, pero el Oriente penetró también en su corazón como un veneno infeccioso.

Á la antigua sobriedad de Triptolemo que sólo abandona la esteva y empuña la espada cuando

ZARZA FLORIDA

el enemigo invade sus campos, sucedió una agresiva embriaguez de rapacidades y conquistas.

El valor se transforma en crueldad.

El mismo pueblo, acostumbrado ya á vivir de los botines de la guerra y de la magnanimidad de los triunfadores, olvida sus derechos, y sólo pide, aullando en torno del palacio de los Césares, ¡pan y circo!

Sus fiestas no tienen ni la gracia ni la belleza de nuestros juegos.

Los atletas no luchan desnudos, sin más armas que el vigor de los músculos y la celeridad de sus movimientos, para obtener en la carrera ó gladiando, el ramo triunfal de encina, y añadir un nuevo trofeo á las glorias de su ciudad nativa.

Combaten armados, con encarnizamiento de

FRANCISCO VILLAESPESA

fieras famélicas que á dentelladas se disputan la presa, hasta caer desangrándose, en estudiados gestos de histriones, ante la impávida indiferencia del César y el entusiasmo frenético de los espectadores.

Nada, sin embargo, más hostil á nuestra sensibilidad como las fiestas circenses.

Asistí al circo un bello día primaveral.

En las magnificencias de la luz se esculpían nítidamente las figuras con relieves fulgurantes.

En el aire, tibio de sol, se insinuaba ya un fresco perfume á cálices recién abiertos, brotes tiernos, hierbas húmedas y jardines en flor. El incesante gorjear de los pájaros parecía envolvernos en cálidas caricias de nido.

Las turbas se agolpaban, gritando y gesticulando, en torno á las puertas de bronce, en un oleaje encrespado y tumultuario de colores, de

ZARZA FLORIDA

cabezas ululantes y puños crispados. Invadían las anchas graderías de pórvido labrado, en un violento triunfo de color, aullando de entusiasmo, como hienas que husmean en las brisas cargadas de desolación y de noche, el acre olor á sangre de las matanzas nocturnas.

Las cráteras de vino corrían, hasta agotarse, de boca en boca.

Los brazos se alzaban tremantes, como en la locura de la embriaguez, y las miradas, ardiendo de deseos, apuñaleaban el espacio, buscando entre las gradas, en las tribunas, en el sol, en el azul y el en aire, senos desnudos donde posarse, labios abiertos en que saciar su sed infinita de lujuria.

Los heraldos hicieron sonar sus largas trompetas de plata.

Hubo una pausa de silencio.

FRANCISCO VILLAESPESA

Estalló un círculo de vítores. La pálida figura del César, envuelta en un manto amatista bordado de águilas de oro, apareció en la tribuna, rodeado de familiares y pretorianos.

Tomó asiento bajo un dosel de púrpura constelado de gemas, cuyo importe bastaría para atender á las necesidades de todo un pueblo. Luego aparecieron las citáridas, las flautistas y las vestales. Y por último, los poetas, ceñidos de laurel, entre cuyos dedos temblaban las cuerdas de plata de las tortugas apolíneas.

El aire era una fascinación de luz: una cálida pesadilla de oro, púrpura y azul vibrantes.

Flameaban los mantos; espejeaban las corazas y las armas bruñidas; relámpagos de iris fulgían de los metales y de las piedras preciosas.

Un agudo perfume de lujuria primaveral lo

ZARZA FLORIDA

invadía todo; parecía ascender como sangre febril y encelada por las venas del silencio y del éter hasta el corazón humano.

En los rostros ardía la misma expectación; igual deseo sangriento florecía en todos los labios, y en los puños crispados y en las voces estentóreas temblaba una misma impaciencia.

Bajo mi manto sentía crepitar la sangre hasta retorcerme las venas, y mis dedos se clavaban en la carne en un encorvamiento de garras.

De repente se abrió de par en par la amplia puerta de bronce, y un coro de adolescentes, de vírgenes y de ancianos, invadió, lentamente, con la blancura de sus trajes y la suavidad de sus cantos la candente soledad de la arena.

La multitud aullaba de júbilo; les tendía los brazos, increpándoles, presintiendo ya la suprema voluptuosidad de la matanza.

FRANCISCO VILLAESPESA

El coro avanzaba, salmodiando estrofas de una belleza moral única. Las figuras se apretaban las unas contra las otras, como para esconderse de la voracidad de las miradas.

Rostros de una expresión inefable, como sólo se ven en las antiguas estatuas de los dioses.

Se arrodillaron en mitad del circo, y con los ojos y las manos tendidas al cielo, continuaron sus salmodias, ajenos á cuanto les rodeaba.

Mi corazón se conmovió ante la dulzura de aquellas voces que deben ser como las últimas que las Parcas cortan en la garganta de los moribundos.

—¡Son los cristianos!—murmuró Menandro de Abdera, el célebre filósofo estoico.—Criaturas de bondad y de fervor que estos bárbaros se empeñan en exterminar, porque predicán el

ZARZA FLORIDA

amor á Dios, el respeto á las leyes y la igualdad entre los hombres.

Y su voz era queda, temerosa del fino oído de un delator.

Frente á mí se destacaba el bello perfil de una doncella, de actitud tan noble y tan casta, que me hizo pensar en la Palas Atenea que el divino Fidias cinceló en oro para eternizar el triunfo de nuestras armas contra los Persas.

Y mi pecho que ha recibido impávido, seguro en su experiencia, todas las flechas de Eros y todos los mensajes de las palomas de la Diosa, se sintió de pronto traspasado ante la armonía suprema de aquella figura virginal, ante la nobleza del rostro y la ternura de aquellos ojos inmóviles, como petrificados en una fervida adoración interior.

No eran deseos, no.

FRANCISCO VILLAESPESA

Hubiera querido transportarla en una galera empavesada hasta la Ciudad; armarla del casco y de la lanza de oro que Cleomones cinceló para la Minerva del Partenón, y colocarla después sobre un plinto de mármol pentélico, en el sagrario de mi casa, como una estatua viva de la Eterna Virgen.

Ante ella hubieran ardido las mirras de todas las adoraciones. Y el humo de los más puros sacrificios perfumaría constantemente su templo.

Á mi lado, Menandro, palidecía también contemplándola.

—Es una de las más nobles hijas de Roma— murmuró á mi oído. — Sus manos eran las más hábiles para tañer harpas y derramar el oro sobre los necesitados. Sus ojos hechos al fausto de los palacios y al brillo de los gemas, han de-

ZARZA FLORIDA

rramado bálsamos de consuelo sobre las miserias más sórdidas, sobre las úlceras más repugnantes. Es una flor de bondad y de gracia que va á dar su perfume á los cielos, después de haber agotado sobre la tierra el rocío de sus ternuras. Pura y sabia como la Minerva que protege tu Ciudad.

Un grito formidable estremeció el espacio: las palomas que se arrullaban en los frisos de las columnatas, huyeron espantadas, dejando un temblor de sombras fugitivas sobre el luminoso entusiasmo de la fiesta. Parecieron posarse un instante sobre el grupo de cristianos y acariciarlos con sus alas.

Se alzaron las compuertas de los cubiles, y olfateando, erizadas y enormes, aparecieron las cabezas de los leones, de los tigres, de las panteras, de todos los monstruos del desierto.

FRANCISCO VILLAESPESA

El pueblo entero se alzó de sus asientos, ávido de no perder ni el más insignificante detalle, y quedóse un instante suspenso, conteniendo la respiración, con los ojos fijos en las fieras, mientras los cristianos, sin preocuparse, continuaban de rodillas, entonando con voz cada vez más sonora las alabanzas de su Dios.

El César acababa de apurar, indiferente, una ancha copa de vino espumoso.

Las fieras avanzaron cautelosamente, erizados los lomos, azotando los ijares con las colas vibrátiles, desentumeciendo la elástica vivacidad de sus miembros ágiles y fuertes.

Se quedaron un instante inmóviles, atónitas, con las fauces y las pupilas abiertas á la luz, y un rugido pavoroso saludó al sol.

El circo era un ciclópeo corazón palpitante de angustiosa ansiedad.

ZARZA FLORIDA

Los cristianos continuaban salmodiando sus alabanzas.

Las fieras gruñían sordamente. Bajo la piel constelada de sol, se transparentaba el móvil relieve de los músculos tremantes.

Un tigre saltó, por fin, sobre los cristianos, y un raudal escarlata humeó bajo sus garras.

La ansiedad de la multitud estalló en un clamor único.

Las fieras, al olfatear la sangre, rugieron ferozmente, y como poseídas por un instantáneo vértigo de destrucción, se precipitaron sobre el grupo.

Se oía el seco crujir de los huesos triturados entre los dientes voraces; el desgarrarse de las carnes bajo las zarpas violentas.

Continuaba ascendiendo el cántico sagrado, cada vez más sonoro, dominando los rugidos,

FRANCISCO VILLAESPESA

los ayes y hasta las ruidosas exclamaciones de la multitud, que ya en plena orgía de sangre, increpaba con los más soeces denuestos á las víctimas, azuzando la voracidad de las bestias con agudos silbidos estridentes.

La doncella continuaba arrodillada, con las manos unidas sobre el pecho, los ojos fijos en la altura, y los cabellos flotantes como un manto de sol por la espalda, semejantes á esos simulacros de la Piedad que los escultores cincelan en los monumentos funerarios.

Un león mostraba entre sus colmillos sangrientos pedazos de entrañas aún palpitantes.

Sacudió las crines y saltó sobre la virgen; y la carne inmaculada floreció como un lirio sangriento entre los jirones de la túnica.

La muchedumbre, ebria de lujuria, quería violar con sus ojos aquella intacta desnudez san-

ZARZA FLORIDA

guinante. Y la carne virginal se estremecía, más roja de rubor que de sangre.

De pronto, Menandro, lívido y desencajado, descendió á la arena, y su pequeño manto de filósofo se interpuso como un velo de pureza entre el cuerpo desnudo y la voracidad violadora de las miradas.

—¡Una víctima voluntaria!—clamaba la muchedumbre.

Yo no pude ver.

Salí del Circo, febril. Sentía en los labios un acre sabor de sangre, y ante mis ojos ascendía, como el humo de un sacrificio, el vaho cálido y purpúreo de la matanza.

Mi corazón, que oyó sin inmutarse el silbar de los venablos, aún tiembla de espanto al recuerdo de aquella escena.

Una nueva fe parece despertar en las con-

FRANCISCO VILLAESPESA

ciencias. Fe tan poderosa que lleva á morir, sonriendo, á los niños y á las doncellas.

¿No recuerdas aquellas admirables máximas morales que nos legaron Sócrates y Platón?

En ellas se apoyan los nuevos creyentes; y los ojos verán otra vez sobre la tierra prodigios y milagros.—

Se habían alejado hasta el centro del jardín. Como un rumor de colmena llegaba hasta ellos los clamores de la multitud jubilosa.

Bajo el pórtico de un templete, vestida de blanco, sin más adornos que las cintas de púrpura que ajustaban las sandalias y le trenzaban los cabellos, Lais daba trigo á las palomas.

En el fondo blanco de los mármoles, resplandecía el sol como en un escudode plata.

En la quietud del aire se deshojaba el último perfume de las rosas, y parejas de golondrinas

ZARZA FLORIDA

herían el azul con sus fugitivas saetas de sombra.

El gemido lejano de una cítara temblaba entre las hojas de los altos laureles.